

EL CURIOSO CASO DEL EMBAJADOR DE FRANCIA CON UN ESCLAVO NEGRO (O *BLACK LIVES MATTER* EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII)

RESUMEN

En mayo de 1662 un enfrentamiento entre los lacayos del embajador de Francia y un esclavo negro del Duque de Montalto casi le cuesta la vida a éste. La reacción de los criados del Duque y vecinos del lugar contra los franceses convierte el suceso en un incidente diplomático, que llega a oídos del Rey y requiere una compleja solución

PALABRAS CLAVE

Archivo. Medina Sidonia. Embajador. Francia. Montalto. Esclavo. Negro. Diplomacia. Moncada.

ABSTRACT

In May 1662, a brawl between the French ambassador's lackeys and a black slave of the Duke of Montalto's house quickly escalated into a diplomatic incident that reached even the King's attention, requiring a complex settlement.

KEYWORDS

Archives. Medina Sidonia. Ambassador. France. Montalto. Slave. Black. Diplomacy. Moncada.

del cercano mar y ordenando la irregular traza de las calles señoriales y viejas iglesias del Barrio Alto de Sanlúcar de Barrameda, el Palacio de los Guzmán se asoma, orgulloso centinela, sobre la desembocadura del río Guadalquivir, las arenas del Parque Nacional de Doñana y, más allá, la inmensidad del Océano Atlántico. Epicentro privilegiado del poder de la Casa Ducal de Medina Sidonia, que durante siglos ejerció el control y dominio sobre las tierras y las aguas situadas desde la frontera con Portugal hasta el Estrecho de Gibraltar, y así "Capitán General del Mar Océano y Costas de la Andalucía Atlántica" fue el título concedido por los Reyes de España a tres de los titulares más poderosos del Ducado, el Palacio, con sus nueve siglos de historia es, no sólo testigo y muestra del poder de la Casa Ducal de Medina Sidonia, sino también, literalmente, depositario y custodio de la Historia de la Casa, de sus tierras andaluzas y de la propia Monarquía Hispánica.

En efecto, entre sus gruesos muros se encuentran cuidadosamente ordenados los 6.318 legajos y millones de documentos que componen el Archivo General de la Fundación Casa Medina Sidonia, trabajosamente identificados y ordenados -el Archivo se divide en cuatro Fondos según la Casa nobiliaria que originó los documentos- durante décadas por Luisa Isabel Álvarez de Toledo, XXI Duquesa de Medina Sidonia, fallecida en 2008.

Enrique Ojeda Vila

Erguido sobre empinadas cuestas, entrelazado por el aroma a vino de las bodegas y

· Diplomático de carrera. Embajador de España en la República de Chile.

Entre esos legajos se encuentran miles de cartas de la correspondencia entre los Reyes de España y sus “primos” los Duques, así como de éstos con los Virreyes de diversas posesiones españolas en el Mediterráneo y la América española, además de noticias, relaciones e informes de toda clase sobre las poblaciones, las tierras y el comercio de las posesiones ducales, conformando probablemente el archivo privado más importante de Europa.

Gracias a la amabilidad de Lilianne Dahlmann, Directora-Conservadora del Archivo General de la Fundación, hace unos meses tuve la oportunidad de dedicar unas cortas mañanas a recorrer esa historia, nuestra Historia, a través de algunos de esos legajos, concentrándome por interés personal en aquellos que versan sobre las relaciones de la Casa con otros territorios, países o gobiernos extranjeros. En efecto, durante siglos los Duques fueron actores de una enorme importancia en el conjunto de las relaciones internacionales de la Monarquía Hispánica, pues la acción exterior de la Casa y sus titulares se extendía mucho más allá de sus dominios peninsulares, en especial hacia el Mediterráneo y el Atlántico.

Investigando uno de los legajos del Fondo Montalto del año 1662 (AGFCMS, leg 147 Fondo Montalto) especialmente interesante en ese campo de las relaciones internacionales por recoger numerosa correspondencia con altos cargos de la Monarquía Hispánica en Sicilia y Nápoles, llegué a un documento que enseguida llamó mi interés: “Incidente del embajador de Francia con un esclavo negro” es su escueto pero misterioso título. Sin tener relación alguna con los otros legajos de ese volumen, en siete

páginas se relata, a modo de impecable crónica periodística, el extraño suceso protagonizado en las calles madrileñas del mes de mayo de 1662 por un esclavo negro del Duque de Montalto con, nada más ni nada menos, que Georges d'Aubusson de La Feuillade, Arzobispo de Embrun y embajador de la Francia del Rey Sol, Luis XIV, ante la Corte de Felipe IV.

El duque de Montalto, dueño del esclavo y protagonista a su pesar del incidente, tampoco era un noble más. Heredero de una Casa fundada en 1507 por Fernando el Católico para premiar a los aristócratas italianos que le habían sido fieles en las interminables guerras con los franceses por el control de la península itálica, en 1662 su titular era Luis Guillermo Moncada-Aragón y la Cerda, tres veces Grande de España y poseedor de muchos títulos nobiliarios y religiosos, pues era Cardenal, el Cardenal Moncada, además de miembro del Consejo de Estado y gentilhomme de cámara de Felipe IV. Había sido virrey y capitán general de los reinos de Valencia primero y de Cerdeña después y, por lo tanto, persona muy cercana al Rey español y que no se arredraba fácilmente ante conflictos o incidentes diplomáticos.

En esa segunda mitad del Siglo XVII, la secular pugna entre las Casas Reales de los Austria y de los Borbones se había decidido ya de forma decisiva en favor de la segunda (batalla de Rocroi, 1643, con la dura derrota de los Tercios que selló el declive militar español en Europa) y el equilibrio de poder en el Viejo Continente había girado definitivamente en favor de Francia. Luis XIV reinaba desde 1643 y la seguridad en la superioridad de su corona, de la lengua y la cultura

francesa y de la fortaleza de sus armas, se transmitían a todos sus embajadores, que pedían –y exigían– se los tratara con las precedencias y los honores debidos a los diplomáticos del país más poderoso de la Cristiandad. En ese ambiente sucedió en Londres el famoso, y trágico, incidente entre las caravanas diplomáticas de los embajadores de España y de Francia, y que necesitaría otra crónica y, en ese mismo espíritu de afirmación del orgullo monárquico y nacional a través de las costumbres, precedencias y los usos diplomáticos, es en el que tuvo lugar el incidente relatado en el legajo del Fondo Montalto.

«Lunes 29 de mayo a las siete de la tarde, estando un esclavo negro del Duque de Montalto, junto a la puerta de su casa que sale a la calle de la Merced, pasó el Arzobispo de Embrun, embajador de Francia, y uno de sus lacayos, viendo al negro, estornudó con afectación de barbarie; el esclavo los llamó gavachos cornudos... ».

Con admirable precisión periodística comienza su crónica el anónimo relator (el documento no está firmado ni aparece en el mismo su destinatario, aunque suponemos éste sería el IX Duque de Medina Sidonia, titular en 1662 de la Casa y que, probablemente, unas semanas después leería el suceso, entre divertido y preocupado, desde su destierro en Valladolid, adónde había sido enviado por el Rey por su supuesta participación en el complot de 1640), para extenderse por siete folios en lo sucedido esa tarde y en los días siguientes con un hecho que llegó a escalar hasta las más altas autoridades del país, reclamando la atención del propio monarca Felipe IV.

El inicio del documento nos sitúa crudamente frente a la ofensa racista, el desprecio e intento de humillación, “con afectación de barbarie”, al diferente y, al mismo tiempo, la reacción desafiante, “gavachos cornudos”, del esclavo ofendido. A partir del insulto se desencadenan los acontecimientos: los «lacayos» del embajador, tras dejar a su jefe en la casa de un vizconde con quién tenía cita para “amistar” (una de las principales misiones diplomáticas, “amistar” con autoridades y personajes de peso del país), vuelven a buscar al esclavo con la pretensión de tomarse la justicia por su mano, en todo tiempo y circunstancia la justicia del poderoso que cree que a nadie debe rendir cuenta de sus acciones. El relato detalla cómo los lacayos franceses atrapan al esclavo en una taberna dónde éste había buscado refugio y allí lo atacan, primero a puñetazos, después con sus espadas, “atravesando el pescuezo” hasta dejarlo medio muerto.

Sin embargo los vecinos del lugar reaccionan, protestan contra la injusticia, se enfrentan a los agresores; también acuden otros esclavos y lacayos del Duque, para defender a su compañero y vengar la afrenta y su sangre con la sangre de los franceses; los hombres del embajador solo se salvan de ser linchados por la oportuna aparición de dos gentiles hombres del Duque de Montalto, “Don Joseph y Don Antonio”, que calman los ánimos, detienen la trifulca y separan a los contendientes permitiendo que el bando francés regrese a la casa del Vizconde donde se encuentra su embajador. La situación, sin embargo, permanece confusa: ha anochecido, el coche del embajador ha sufrido serios desperfectos por varias pedradas y las mulas han huido desbocadas; el

enviado de Luis XIV no puede ni debe salir de la casa del Vizconde, probablemente haya vecinos y esclavos embozados en la oscuridad esperando la salida del cortejo para atacarle...

Mientras, la noticia de lo sucedido llega a la Corte pero, como todos sabemos, las “fake news” no son un invento de ahora, así que lo hace de forma incompleta, se cambian las circunstancias y se falta a la verdad de lo ocurrido, atreviéndose algunos, ¡horror!, a poner en duda el honor de la Casa de Montalto: “se hallaba el Duque en Palacio y dióse publicidad a el caso, pero de forma muy diferente a lo sucedido porque, decían, estaban todos los criados del Duque cerrados en su casa y sitiados por los del embajador...”. Además, se asegura que ha sido el esclavo del Duque el que afrentó a los franceses sin provocación previa...

Imaginamos palidecer el rostro de Montalto mientras se da pábulo a esa falsa noticia de lo sucedido en la calle de la Merced: ¿un esclavo suyo, y negro, desencadenando un incidente diplomático con el embajador extranjero más importante?, ¿El francés sitiando el palacio madrileño de uno de los principales nobles de Su Majestad?, ¿cómo se atreve, en la misma capital del Reino? El cronista cuenta que esa versión es transmitida a Felipe IV y toda la corte por el Marqués de Malpica, quizás un rival palaciego del Duque que quiere mancillar su honor y posición ante el Rey, y sus efectos son devastadores: no sabemos si palideció o si su rostro se perló de gotas de frío sudor, pero el cronista sí nos cuenta que al Duque se le “destempló el ánimo vencido de interna ira...”.

Pero el Duque, hemos visto, no es un noble cualquiera, tiene ancho mundo y una enorme experiencia en asuntos de estado, sabe que nunca hay que dejarse llevar por la “interna ira” y, además, es consciente de que cualquier paso en falso puede llegar a afectar las relaciones entre su soberano y el Rey Sol, el más poderoso de la Cristiandad...El Duque, por todo ello, toma una prudente decisión: regresa a casa a investigar lo sucedido, dejando Palacio sin siquiera avisar al Rey, “por parecerle que una vez dada cuenta al Rey se ataba las manos para la resolución que le convendría tomar”.

Hombre de reconocida fe, Montalto se tranquiliza cuando los propios religiosos de la vecina iglesia de la Merced le cuentan la verdad, confirmándole que sus pajes, criados y esclavos no han sido puestos a la fuga, más bien al contrario, han sido ellos los que han cercado a los franceses para vengar el ataque a un esclavo negro; es más, aún siguen escondidos en la casa del noble al que el embajador quería amistar. Tranquilizado el ánimo, asegurado su honor y “siendo ya las once” nada le queda entonces más que acostarse a descansar de las emociones de la jornada. Mañana será otro día, habrá que estar descansado y tener el ingenio avizor para acabar de destrabar el incidente.

El cronista no puede dejar de mencionar otro acontecimiento esperanzador en el final de una jornada repleta de dislate y confusión: temiendo el fatal desenlace, el esclavo negro había pedido recibir “el Santo Bautismo, que recibió con ejemplar edificación de todos”. Siempre inescrutables los caminos que elige el Señor para lograr la salvación de un alma...

En todo caso el esclavo había sido bautizado y honor de la casa ducal podía no haberse perdido, pero la situación distaba de haber sido arreglada; en efecto, el embajador seguía refugiado con sus lacayos en casa del Vizconde (nada se nos dice si este noble resentía ya el exceso de hospitalidad al que se había visto obligado con el embajador), las heridas del esclavo negro seguían recordando el ataque a uno de su casa y S.M. Felipe IV, a buen seguro, esperaba impaciente un arreglo que permitiera pasar página cuanto antes a ese molesto drama. El Duque, además, era consciente que su “empeño era contra otro tan principal del Rey de Francia” como él mismo lo era del de España; por ello, nos dice el cronista, sería “inconveniente menor tolerar su enojo (el del embajador) que arriesgar la quietud de Su Majestad”. Ah, una de las reglas de la diplomacia, tolerar y saber ocultar los enojos y enfados, esperar a la ocasión propicia para devolver la jugada en otro momento, a ser posible con sonrisa en la cara y cierta indiferencia en el rostro...

Al despertar de un nuevo día siempre se ven las cosas de un color diferente al de la noche previa y, en este caso, a ello ayudó la llegada a las diez de la mañana al Palacio del Duque de un “caballerizo” del embajador, que pidió ver de inmediato al señor de la casa. Este, que aún se encontraba “por vestir en la cama” (a hora tan temprana no podía esperarse otra cosa del Cardenal Moncada), ordenó “llegar una silla y que entrase” el caballerizo, que le comunicó tenía el encargo de besarle la mano de parte del embajador. Roto el hielo, restablecidas las comunicaciones, lo que restaba era encontrar un punto de acuerdo aceptable para ambos. El Duque, un

maestro en esas negociaciones, aún llevadas desde el lecho y a hora tan poco diplomática de la mañana, escucha al caballerizo y responde recitando la afrenta sufrida por su Casa, sugiriendo se llegue a una solución intermedia...

Para resumir las conversaciones de “boudoir”, el caballerizo trae el compromiso que su embajador, “aunque estaba informado que el esclavo herido había provocado a sus lacayos, daría al que le hirió tal castigo que igualase el sentimiento que tenía de que el lance hubiese sido con persona de la casa de Su Excelencia”.

Imaginamos al Duque respirar tranquilo, el castigo anunciado al que derramó la sangre de un esclavo de la Casa es satisfacción suficiente para reponer el honor mancillado. Pero ahora, sin embargo, resta buscar una salida también honorable para el embajador; no es el representante de cualquier pequeño principado centroeuropeo, sino de la Francia de Luis XIV, el soberano más poderoso de la Cristiandad. Por ello Montalto reconoce “su pesar” por el incidente entre lacayos de uno y esclavos y criados del otro; además, tiene “por cosa infalible”, según le han contado, que “fueron muy provocados” los lacayos del embajador y, por ello, al “esclavo herido trataría de castigarlo a su tiempo”...

Quizás Montalto apenas se despide del caballerizo cuando éste abandona la antecámara, su mente ya está en otro lado pues cree que “la materia tiene suficientes motivos para su satisfacción”. Probablemente, mientras sus criados le visten y preparan para presentarse rápidamente en Palacio ya esté pensando en la fórmula y palabras que

utilizará para comentarle al Rey el acuerdo alcanzado, cómo referirle a Su Majestad, pretendiendo no darle demasiada importancia ni resaltar exageradamente el triunfo de su inteligencia, la resolución del incidente diplomático.

En efecto, “pareciéndole al Duque que la materia tenía bastantes requisitos de satisfacción, fue la noche de ese día 26 a Palacio y se la refirió por menor al Rey”, asegurando que “desde que oyó la noche antes la nueva fabulosa hasta que en su casa halló la cierta” pasó el tiempo en premeditar cómo podría su desempeño arreglar el caso con todas las “conveniencias políticas” del mismo. El Rey, encantado con la solución alcanzada por Montalto, ensalza ante la Corte su “cuerda consideración”, alabando “la respuesta que dio al caballerizo del embajador”.

Como una fábula clásica la historia, sin embargo, no solo debe tener un final feliz, sino que también tiene que asegurarnos en la bondad de nuestro sistema de creencias. Así, la carta reserva las últimas líneas para dejar constancia que, “como es la piedad tan natural afecto en su Majestad, preguntó por la salud del esclavo y respondiendo el Duque que estaba mejor (porque la herida no prometía el peligro que al principio se dijo) hizo Su Majestad nuevas demostraciones de alborozo”...

La crónica anónima nos muestra, a través del incidente diplomático del embajador de Francia, cómo en el Madrid de mediados del siglo XVII las vidas de las personas de color, de los negros como dice el documento, importaban a sus iguales, a los otros esclavos y lacayos, que se sublevan contra el insulto y el abuso a uno de los suyos. También a las gentes

del lugar, a esos madrileños “de la calle de la Merced”, que se adelantan siglo y medio al 2 de mayo y se levantan contra la brutalidad de los franceses. Leyendo la historia enseguida me vino a la cabeza una cita que había leído muchos años antes en la novela *La Sombra del Tiempo* de Carlos Pujol: “somos esclavos, sí, pero esclavos siempre palpitantes”; en la novela de Pujol, situada en la Roma decadente de 1799 la cita, que mi padre logró encontrar en su inabarcable biblioteca, aparece en un italiano -“servi siamo, si, ma servi ognor frementi”- que recoge de forma mucho más poética esa realidad: todos, con independencia de nuestra raza, religión, nacionalidad o sexo, tenemos un corazón que palpita y una vida que merece el respeto universal.